



## PARADOJAS

**\*Por: Fabián F. Villota Galeano**

A propósito de los tiempos que corren y de la eficacia de las sociedades contemporáneas para distribuir y consumir los recursos, suelo preguntarles a los estudiantes, ¿qué harían si tuvieran todas SUS necesidades satisfechas?, me sorprende la larga lista de cosas que dicen “necesitar”, van desde *iphones*, *tablets*, *gadgets*, videojuegos, accesorios, ropa, hasta un tipo de vivienda, un estilo de vehículo, viajes, cosas que quieren consumir, etc.

Quieren tantas cosas, todo les parece tan deseable y tan necesario que suelo destinar varios momentos de la sesión a intentar desvirtuar la necesidad de ciertas cosas, a decir que mucho de lo que consumimos nos parece indispensable porque se nos vuelve habitual.

Ante tantas “necesidades” creo que asistimos a la vida de generaciones insaciables y voraces. Hay algo en esa voracidad que parece condenar “el deber”, es decir el trabajo, las actividades académicas, las rutinas o la vida cotidiana y que por eso hay que escapar de ellas a través de sendos viajes, videojuegos o incluso a través de eso que ahora llaman prácticas ancestrales. .

El correlato moral de esto es que las sociedades deben trabajar más para obtener eso que creen y dicen necesitar. Trabajamos desde más temprana edad, más horas al día y más días a la semana. Producimos más, pero parece que nunca estamos satisfechos.

Pero hay más, el BID en su informe *Robotlución*, anuncia que en los países de la OCDE, el 57% de los empleos corren el riesgo de ser automatizados y pese a asumir una perspectiva optimista frente a lo que denomina la cuarta revolución y las oportunidades de nuevos empleos, conocimientos y el tipo de producción, reemplazar a los humanos por robots resulta riesgoso y peligroso.

¿Por qué esto nos resulta peligroso?, ¿por qué es un riesgo?, la respuesta parece simple, si los robots reemplazan a los humanos, quedaríamos sin trabajo y la pobreza abundaría, pero es en esa lógica donde radica la paradoja de los tiempos contemporáneos.

Es como si creyéramos que los robots nos fueran a quitar nuestros *iphones*, las *tablets*, nuestros automóviles y la ropa de marca. El sueño de la revolución industrial de liberarnos del trabajo parece haberse tornado en pesadilla.

Sin embargo, más allá del temor y la devoción ilusoria de “miles de empleos”, el informe del BID nos sugiere entrelíneas que hemos alcanzado, como nunca antes, el conocimiento y la capacidad técnica para dejar de luchar con la naturaleza para sobrevivir y, sin embargo, no somos felices; al contrario vemos un peligro real en esa posibilidad; nos asusta materialmente

(la gente va a dejar de ganar dinero porque no habrá trabajo) y nos disgusta moralmente (los que no trabajan son vagos, moralmente inferiores y quizá incapaces, parece decir el disgusto).

El temor no es infundado, pero hay algo básico que se nos olvida, la automatización del trabajo no implica la disminución de los recursos y no implica que vamos a competir con los robots por ellos, entonces ¿por qué en lugar de ser felices afianzando las virtudes humanas como la música, la literatura, las ciencias o bailar, por ejemplo; los tiempos nos resultan inciertos y peligrosos?.

Esto no es un problema de recursos, es un problema de cultura y política, pero hará falta algo más de una columna para tratar de debatir ese asunto.

\*Antropólogo

Docente Universidad Católica de Pereira.